

**Louis BERGERON y Gràcia DOREL-FERRÈ, *Le patrimoine industriel. Un nouveau territoire*, Paris, Editions Liris, 1996, 127 pp.**

Los autores de este pequeño libro son bien conocidos para los lectores españoles interesados en los temas de Historia Industrial y Arqueología Industrial, por lo que resulta ociosa su presentación, sobre todo para los lectores de la *Revista de Historia Industrial*, puesto que en el número 7 de la misma tuvieron ocasión de leer una larga entrevista del primero, efectuada precisamente por la segunda. L. Bergeron es uno de los padres fundadores de la Arqueología Industrial en Francia, y en la actualidad ocupa la presidencia del TICCIH -The International Committee for the Conservation of the Industrial Heritage-, máximo organismo de coordinación internacional de los estudios sobre el Patrimonio Industrial. Por su parte, Gracia Dorel-Ferré, además de ser una estrecha colaboradora de Bergeron - es secretaria de redacción de la revista *L'Arquéologie Industrielle en France*, dirigida por aquel-, es una reconocida investigadora sobre las colonias industriales de Cataluña.

Ante todo, hay que decir que este libro pretende ser una invitación a la Arqueología Industrial, dirigida preferentemente a los historiadores y/o profesores de Historia tanto en la Enseñanza Secundaria, como en la Universidad. Los autores parten de una premisa que tiene una especial relevancia para los lectores de esta revista: que hoy en día parece cada vez más claro que no se puede investigar sobre Historia Industrial basándose únicamente en las fuentes escritas, ya que resulta imprescindible tomar también en consideración los vestigios materiales del Patrimonio Industrial, pues de no hacerlo así, quedaría mutilada e incompleta la reconstrucción histórica del pasado industrial. Partiendo de este supuesto, los autores consideran que los historiadores de la industria deberían desempeñar una doble misión. Por una parte, elaborar las reglas y los contenidos de una Arqueología Material y de una Etnohistoria, que están llamadas a renovar la concepción clásica de la Historia Industrial, atrayendo la atención hacia aspectos que hasta ahora se han descuidado, como son, las condiciones de difusión y de adaptación de las innovaciones técnicas, la organización del trabajo industrial, las formas de vida de los trabajadores, la articulación de los espacios industriales en el paisaje, o las representaciones de la industria en las mentalidades colectivas. Por otra parte, los historiadores deben hacer progresar el conocimiento del Patrimonio Industrial, pues de este modo, contribuirán a facilitar su integración en el Patrimonio Nacional, a favorecer la preservación de sus elementos más significativos, así como a propiciar la rehabilitación de los mismos, y su revalorización entre el público cultivado que frecuenta los museos y practica el turismo cultural. Pero, como se cuidan de advertir los propios autores, los historiadores de la industria que se decidan a asumir esa doble misión, deben saber de antemano que, por desgracia, van a tener que desempeñarla bajo la presión de la urgencia, puesto que los países desarrollados están sufriendo en los dos últimos decenios drásticos procesos de reconversión industrial, que han conducido a la paralización y al abandono de muchas instalaciones industriales, des-

de cuencas mineras enteras hasta grandes plantas siderúrgicas, que corren el riesgo de desaparecer. Como dicen expresivamente los autores, vivimos en la época de los yermos industriales, que pueden ser borrados del mapa por la acción de intereses especulativos - sobre todo, si las instalaciones abandonadas se encuentran en terrenos urbanizables-, y por las decisiones irresponsables de algunos tecnócratas que pretenden hacer tabla rasa del pasado. Es responsabilidad de los historiadores hacer frente a tales actitudes, que sólo conducen a la amnesia colectiva, ocupándose de reconstruir la genealogía de los vestigios industriales, y de abogar por la preservación selectiva de los más representativos, para evitar que se pierda para siempre una parte importante de la memoria histórica de la sociedad actual. En suma, en los tiempos que corren, los historiadores y, en general, todos los intelectuales interesados en el Patrimonio Industrial, deben compaginar las tareas de investigación y enseñanza, con el activismo cultural, hasta que haya calado profundamente en la conciencia de la sociedad la necesidad de conocerlo, apreciarlo y conservarlo, al igual que ya se hace con otros elementos del Patrimonio Histórico y Cultural.

De lo ya expuesto, se puede fácilmente deducir que éste es un libro emocional, que no sólo va dirigido a la inteligencia sino también a la sensibilidad del lector, llegando a veces incluso a adquirir el tono apasionado de un manifiesto a favor del Patrimonio Industrial. Ello, lejos de constituir un defecto, es, en mi opinión, una virtud, pues transmite muy bien el sentimiento de simpatía intelectual hacia los vestigios materiales del pasado industrial, que se encuentra en la base de la Arqueología Industrial. Por otra parte, este libro tiene un valor añadido para los lectores no franceses; pues constituye una magnífica exposición de la peculiar forma de entender la Arqueología Industrial que se ha desarrollado en ese país, bastante diferente de la que surgió en Inglaterra y aún predomina en los países anglosajones. En Francia se acuñó el concepto de Patrimonio Industrial por la ampliación del ámbito del Patrimonio Cultural hacia algunos monumentos industriales que también poseían valores relevantes desde el punto de vista artístico o arquitectónico. Esto ya la dio desde sus mismos orígenes un cierto carácter culturalista e intelectual que estaba ausente en las primeras etapas de la Arqueología Industrial en Inglaterra, y que en Francia no hizo sino acentuarse con el tiempo, por el hecho de que quienes trataban revalorizarlo y darlo a conocer no eran simples eruditos locales, o aficionados entusiastas, sino prestigiosos historiadores como el propio Bergeron, D. Woronoff o S. Chasagne, que con el estudio del Patrimonio Industrial pretendían enriquecer la metodología de la historia industrial y ampliar sus perspectivas. Ello hizo que en sus estudios no se quedasen en la mera descripción empírica de los monumentos industriales sino que trataron de ir más allá de sus apariencias, considerándolos como signos o representaciones materiales cuyo desciframiento no sólo permitiría conocer las técnicas productivas, sino también las formas de organización industrial y los modos de vida de los trabajadores. Finalmente, hemos de anotar en el haber de la Arqueología Industrial en Francia que haya contribuido decisivamente a romper los estrechos límites cronológicos con los que surgió esta disciplina en Inglaterra -la época clásica de la Revolución Industrial-, ampliando sus horizontes hacia las épocas preindustriales. En concreto, Bergeron y Dorel-Ferré afirman con rotundidad que, al menos para Francia -pero también para otros países, especialmente los de la Europa mediterránea, añadimos nosotros- el estudio del Patrimonio Industrial debería extenderse, como mínimo, hasta el siglo XI, que es la época en que se inició, de forma generalizada, el empleo de las ruedas hidráulicas.

El libro que nos ocupa tiene dos partes bien diferenciadas, no sólo por su contenido, sino también por su enfoque. La primera y más extensa, que comprende la introducción y los tres primeros capítulos, es un brillante ensayo, en el que con un lenguaje de alta calidad literaria, plagado de deslumbrantes metáforas, que le emparentan con los mejores textos de la *Nouvelle Histoire*, se reflexiona sobre la compleja problemática del Patrimonio Industrial. En contrapartida, hay que advertir que esta parte del libro tiene una elevada densidad conceptual, lo que exige del lector un apreciable esfuerzo de comprensión, que posiblemente vaya en detrimento de los propósitos divulgadores que los autores manifiestan en la introducción de su obra.

En el capítulo 1, se pretende "enseñar a ver" el Patrimonio Industrial, para que el público culto sea capaz de identificarlo y apreciarlo, no sólo en sus manifestaciones más evidentes e inmediatamente perceptibles -los edificios industriales que poseen una arquitectura propia e inconfundible-, sino también cuando se encuentra oculto o disfrazado. El primer caso se da con mucha frecuencia en los aprovechamientos hidráulicos -molinos, batanes, ferrerías- que han sido utilizados de forma continuada a lo largo de muchos siglos, donde las sucesivas remodelaciones han ido ocultando las estructuras primitivas, hasta hacerlas irreconocibles a simple vista. En otros casos, los edificios industriales están camuflados bajo el disfraz arquitectónico ennobecedor de un castillo, o de un palacio, como ocurre con las Manufacturas Reales de los siglos XVII y XVIII.

El capítulo 2, que es el más extenso, está dedicado a "enseñar a leer" el Patrimonio Industrial, más allá de sus apariencias; es decir, a descifrar y extraer la información contenida en los vestigios materiales, así como a descubrir la lógica o racionalidad interna que articula de forma coherente cada uno de sus elementos. A este respecto, los autores consideran que las peculiares configuraciones físicas que adoptan los establecimientos industriales en cada época histórica responden a la confluencia de tres tipos de lógicas o racionalidades: la técnicas, las sociales, y las que se relacionan con las diversas formas de organización del trabajo. Las lógicas técnicas son las más fáciles de descifrar, puesto que muy a menudo han dejado tras de sí testimonios inequívocos entre los vestigios materiales. Los autores ilustran adecuadamente la fuerza de los imperativos tecnológicos con tres ejemplos significativos: la energía, la industria siderúrgica y la construcción de puentes. Resultan más difíciles de descifrar las lógicas de la organización del trabajo porque no están tan claramente inscritas en los vestigios materiales, sobre todo cuando proceden de épocas preindustriales. Pese a ello, los autores muestran como a través de pequeños indicios físicos -adecuadamente complementados con la explotación de fuentes escritas e iconográficas-, es posible, por ejemplo, detectar la presencia de tejedores a domicilio en viviendas rurales, o conocer el sistema de división del trabajo existente en los talleres manufactureros de las protofactorías. Finalmente, por lo que se refiere a las lógicas sociales, los autores explican, con muy diversos ejemplos, como el estudio de las viviendas obreras puede suministrar mucha información, no sólo sobre las condiciones materiales de vida de los trabajadores, sino también sobre otros aspectos menos materiales, como la sociabilidad, las diversiones, etc.

La primera parte del libro concluye con un breve capítulo - el 3º -, en el que los autores descienden a un terreno más concreto para preguntarse qué se puede hacer con el Patrimonio Industrial, y cómo convencer al gran público de que se deben preservar los monumentos más representativos. Ambas preguntas tienen la misma respuesta: la mejor

forma de asegurar la preservación de los monumentos industriales es darles una nueva vida, haciendo que vuelvan a ser socialmente útiles, porque sólo así se podrá convencer a las colectividades locales de que vale la pena conservarlos. Pero la reutilización del Patrimonio Industrial es más problemática de lo que parece a primera vista. En principio, podría parecer deseable transformar los monumentos industriales en museos. Pero semejante planteamiento es poco realista, no sólo porque muchos monumentos industriales, por sus propias características de tamaño y localización, no serían fácilmente reconvertibles en museos de tipo clásico, sino también porque resultarían económicamente inviables, dado que además de requerir fuertes inversiones iniciales, conllevarían elevados costes de mantenimiento. Es necesario, por tanto, un gran esfuerzo de imaginación para revitalizar los monumentos industriales, sin que ello resulte económicamente insostenible a largo plazo. No existen fórmulas mágicas al respecto, pero los autores muestran el camino a seguir, presentando una gran variedad de casos en los que se ha conseguido, de forma imaginativa, compatibilizar la preservación y rehabilitación de los monumentos industriales con una reutilización de los mismos, social y/o económicamente rentable.

La segunda y última parte de este libro, que se corresponde con el capítulo 4, es mucho más ligera y accesible para los lectores no especializados. Comprende dos epígrafes. En el primero de ellos se hace un rápido esbozo del desarrollo de la Arqueología Industrial en Francia, desde sus orígenes, a comienzos de la década de 1970, hasta la actualidad, desde una perspectiva historiográfica, e incluye una bibliografía actualizada, de gran utilidad. El segundo epígrafe es aún más atractivo, pues constituye una especie de microguía del Patrimonio Industrial de Francia, a través de la presentación de siete de sus monumentos más representativos, tanto de las épocas preindustriales, como la Manufatura Real de Villeneuve, como de la industrialización decimonónica, entre los que sobresale por su originalidad el falansterio de Guisa.

En definitiva, no es preciso extenderse más para constatar que nos encontramos ante un pequeño gran libro, pues en poco más de 100 páginas, sus autores han sabido trazar con mano maestra un panorama tan denso como sugerente de la Arqueología Industrial en Francia, y de sus principales realizaciones. Desde el otro lado de los Pirineos echamos muy en falta una obra de similar alcance, que tenga tanta capacidad de estimular al público culto hacia el conocimiento y valoración de nuestro Patrimonio Industrial. Pero lo más triste del caso no es que en España no exista una obra como ésta, sino que no haya llegado a publicarse una verdadera enciclopedia del Patrimonio Industrial, con cerca de mil páginas de texto y cientos de fotografías inéditas, en cuya elaboración participaron buen número de los especialistas españoles en Arqueología Industrial, y que hace ya más de cuatro años que duerme el sueño de los justos, olvidada en algún despacho del Ministerio de Industria y Energía.

JUAN HELGUERA QUIJADA